

*PALOS DE CIEGO: LA VETA SATÍRICA
DE FRAY FRANCISCO DEL CASTILLO*

Javier de Navascués
Universidad de Navarra

La vida excepcionalmente rica de la Lima de los siglos XVII y XVIII tuvo necesariamente que generar una copiosa producción satírica que el tiempo ha ido desdibujando. Sin embargo, una mirada que rebase el nombre de Valle y Caviedes nos obliga a detenernos en la notable figura de Francisco del Castillo, cuya actividad se desarrolla justamente en la mitad cronológica entre Caviedes y Esteban de Terralla y Landa, el autor de Lima por dentro y fuera. A pesar de su indudable interés, lo cierto es que a día de hoy el conocimiento de su obra es patrimonio de unos pocos especialistas. Las palabras que siguen tienen el propósito, siquiera parcial, de paliar esta situación.

VIDA Y PERSONALIDAD

Fray Francisco De Paula del Castillo y Tamayo fue conocido en vida como «El Ciego de la Merced». Nació en Lima el 2 de abril de 1716 y murió en la misma ciudad en diciembre de 1770¹. Según parece, quedó ciego, o casi ciego, de niño². Al quedar huérfano de

¹ Para la semblanza biográfica pueden consultarse, además, los datos de Lohmann Villena, 1945; Aparicio, 1961 y Reverte Bernal, 1985.

² La crítica ha deducido que no fue ciego de nacimiento, sino que, debido a una enfermedad infantil, perdió la vista.

escasas y poco asequibles las ediciones modernas que tenemos de su obra. Aunque Palma había transcrito varias composiciones suyas en las tradiciones, hay que esperar a que Rubén Vargas Ugarte publique una selección en 1948 de las *Obras de Fray Francisco del Castillo*, procedentes de manuscritos de la Biblioteca Nacional de España y del Archivo Histórico de Santiago de Chile¹⁵. Más tarde, Concepción Reverte ha editado su teatro y César Debarbieri realiza una meritoria, pero mejorable, edición de su obra completa.

Hoy en día las historias literarias se fijan, ante todo, en su faceta de dramaturgo¹⁴. Hasta nosotros han llegado un puñado de obras de teatro de diverso asunto: *Mitridates, rey del Ponto, Todo el ingenio lo allana* (comedia incompleta), *Guerra es la vida del hombre, La conquista del Perú, El Redentor no nacido, mártir, confesor y virgen: San Ramón*, además de un *Baile de fin de fiesta*, dos entremeses, un sainete para *El Redentor no nacido*, una loa a Pedro del Villar y la loa a la mencionada *La conquista del Perú*.

Sin embargo, la fama de improvisador que tuvo en su día es uno de los elementos centrales de la caracterización que resaltaron sus primeros estudiosos, desde Palma hasta Lohmann Villena o Vargas Ugarte. Y, de hecho, su innata facilidad para el verso lo llevó a concebir un gran número de piezas de ocasión. La obra poética del Ciego que ha llegado hasta nosotros es muy extensa, más de ciento veinte composiciones. Se

¹³ Hasta la fecha sólo he podido consultar las ediciones modernas sobre la poesía de Castillo. No obstante, se hace necesaria una edición crítica fiable, dadas las limitaciones de las versiones disponibles. Los manuscritos de la obra dramática se encuentran en el ms. 16283 la Biblioteca Nacional de España y la poética en el Fondo antiguo, vol. 6 y en Fondos varios, vol. 805, del Archivo General de Chile, donde además se incluyen dos piezas teatrales, *Mitridates rey del Ponto* y *Entremés del justicia y litigantes*. Vargas Ugarte editó los textos del Fondo antiguo y Debarbieri añadió los de Fondos varios, aparte de los ya publicados por su antecesor. Asimismo, en el Legajo 257 Documento 3666 del Archivo Nacional de Buenos Aires se encuentra el auto sacramental de *Guerra del hombre*. Para un estudio de las localizaciones de los manuscritos, puede verse el trabajo de Reverte, 1991. Por último, además de estos datos hay un poema olvidado en el fondo Eyzaguirre del Archivo Nacional de Chile, tomo 43, pieza primera, citado por Ricardo Donoso. Los poemas citados por Palma son, a mi modo de ver, de dudosa atribución ya que no tienen testimonios manuscritos.

¹⁴ Así, James Higgins en su reciente versión de la *Historia de la literatura peruana* sólo menciona su faceta de comediógrafo (Higgins, 2006, pp. 87-89).

ha clasificado en distintos grupos según su orientación temática: de homenaje a personalidades, circunstanciales, costumbristas, religiosos e históricos¹⁵. En menor número se encuentran los morales y los galantes, además de dos traducciones del latín, una de Horacio y otra de san Ambrosio y san Agustín. Entre los de homenaje se encuentran, por ejemplo, unas octavas al marqués de Monterrico y los asuntos históricos se vierten en un puñado de sonetos dedicados a los emperadores romanos y la temática religiosa está representado, aparte de por algún poema suelto, por un largo romance sobre «La Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo». De acuerdo con esta clasificación, la vena satírica del mercedario, tal vez su cuerda más interesante y actual, atraviesa los poemas «costumbristas» (los nueve romances dedicados a distintos personajes típicos de Lima), los de «circunstancias» (la disputa entre el clérigo y la abuela de la Tinajita) y los «morales» (la *Fábula del horrico, Júpiter y la Fortuna*).

Una lectura de las composiciones satíricas de Castillo nos proporciona una mirada amplia y, al mismo tiempo, muy interesada ideológicamente, de la Lima de la segunda mitad del siglo XVIII. Los romances hacen hablar, sobre todo, a personajes procedentes de las castas inferiores, negros, mulatos, zambos, indios. Y, de ahí que algún crítico haya señalado que «a través de su discurso presenta elementos marginales de la sociedad limeña, como la corrupción administrativa, el caos urbano, la prostitución, los problemas raciales, la incapacidad profesional u otros problemas más, que hacen que su obra se convierta en un discurso alternativo a los mostrados por el discurso oficial»¹⁶. Creo que de estas líneas no se debiera deducir que la posición del Ciego fuera la de un contestatario, aspecto que el crítico no aclara allí, sino que, como satírico, elige la vía retórica consagrada durante siglos. Cuando se trata de un discurso satírico clásico, explorar los espacios marginales de la ciudad, y criticarlos, no implica necesariamente una diatriba en profundidad contra la estructura social y la ideología que la sustenta. En realidad, Castillo no es un escritor de «discursos alternativos», sino un firme convencido de la verdad de los discursos oficiales, como se deduce de la lectura de textos dramáticos suyos como *Mitridates*¹⁷. Fue amigo de

¹⁵ Reverte, 1995, pp. 47-48.

¹⁶ Vásquez Salomé, 2000, pp. 120-121.

¹⁷ Reverte, 1999, p. 316.

padres también a muy temprana edad, sus tíos lo destinaron a educarse con los frailes mercedarios, en cuya orden ingresó como novicio en 1734.

Su padre había sido el corregidor don Luis del Castillo y su madre doña Jordana Tamayo y Sosa. Don Luis es citado como poeta por Pedro Peralta y Barnuevo en su *Lima triunfante* (1708). Al parecer, fue dueño de una imprenta —que luego heredaría su hijo Francisco—, que se encontraba en la calle Mercaderes, a poca distancia del convento de la Merced, donde vivió el famoso Ciego. Se sabe que ésta fue motivo de cierta disputa entre el propietario y sus hermanos de la Merced, ya que, en un principio, Castillo no dispuso en su testamento que fuese a parar a manos de la orden. El negocio de la imprenta debía de ser goloso, puesto que de allí salían cuadernos de primeras letras para los niños en edad escolar. La controversia dio lugar a la negativa de la Orden a que Francisco del Castillo profesase definitivamente en 1738, cuando contaba veintidós años. No obstante, al final debió de llegarse a un arreglo porque el interesado emitió los votos solemnes tres años más tarde³.

A pesar de su origen elevado, Fray Francisco no alcanzó lugares preeminentes en el estado religioso debido a su ceguera. Siempre fue hermano lego, lo que no le impidió, por cierto, disponer de esclavos, como era costumbre en la época (seis dice tener en su testamento de 1737). Según se deduce de los escasos comentarios de cronistas e historiadores, consiguió ser un personaje muy popular en la Lima de mediados del siglo XVIII. Su vida pintoresca fue evocada, y acaso exagerada, por Ricardo Palma, quien le dedicó una tradición peruana e incluyó algunas coplas suyas, bastante procaces, en sus *Tradiciones en salsa verde*⁴. Sin duda Castillo debía de ser muy conocido en la Ciudad de los Reyes por su facilidad para la improvisación poética, su talento musical y su sentido del humor. Durante mucho tiempo la figura del fraile ciego, poeta y fiestero se adornó de una aureola casi legendaria. Borges recordaba de Macedonio Fernández su conversación y su personalidad por encima de sus escritos. Acaso la imagen del fraile ciego, improvisador y juguetón se le asemeje, en la medida en que su producción escrita haya

³ Aparicio, 1961, pp. 458-459.

⁴ Palma, 2004, pp. 41-44.

palidecido frente a su puesta en escena ante sus contemporáneos. De hecho, su personalidad seductora ha seguido encandilando a algunos estudiosos con el paso de los siglos. Lohmann Villena, por ejemplo, le dedica una semblanza tan vívida que parece haberlo tratado de cerca, lo que parece poco probable:

Sin más arte poética que la que le deparó la Naturaleza, disertaba en verso fluido, suelto y copioso, repentizando en todos los metros en un raudal inagotable. No hubo concurso festivo en que no hiciese el primer papel y a porfía le llevaban de casa en casa, en donde según le pidiese recitaba canciones serias o burlescas; después de mil juegos (que sabía muy armoniosos) y de diversiones sin cuento en que sin cesar iba hablando en verso, con todos los concurrentes, después de mil sales que repartía al son de distintos instrumentos que tañía con la mayor perfección, era su costumbre cerrar el sarao cogiendo un instrumento musical y, sin detenerse, con una bellísima y entonada voz, cantaba la descripción, no sólo de todos los asistentes a los que identificaba desde la primera expresión que les oyes), sino también de las más menudas circunstancias del día⁵.

No fue seguramente un fraile ejemplar. Palma lo retrata como un religioso goliardesco, amigo de tabernas y chistes verdes, aunque los poemas que cita como de pluma original de Castillo sean de atribución dudosa⁶. Pero también debe advertirse que Lima, en el siglo XVIII, a pesar del enorme número de conventos y monasterios que la embellecían, llamaba la atención por la vida disipada de bastantes religiosos. El estamento de vida consagrada formaba alrededor del cuatro por ciento de la población, que a su vez rondaba entre los cincuenta y sesenta mil habitantes. Jorge Juan y Antonio Ulloa dedican un extenso capítulo de su famoso libro a la relajación de costumbres en el entre los religiosos del virreinato⁷.

Es cierto que fue aficionado a los juegos de cartas y a las corridas de toros. En una letrilla satírica replica airado a una señora, «la abuela de la

⁵ Lohmann, 1945, pp. 417-418.

⁶ Aparicio, 1961, p. 458.

⁷ Juan y Ulloa, 2002, pp. 463-503. Un viajero francés, Frézier, cuenta que no pocos frailes se paseaban libremente por la ciudad e incluso frecuentaban lugares *non sanctos*. Frézier es conocido, no obstante, por su antiespañolismo. Una versión más ponderada y general sobre el tema puede verse en Vargas Ugarte, 1961, pp. 267-294.

para formar de mí cabal concepto.
 Pues si hay quien sin luz sepa
 copiar mi ser perfecto,
 más ciegos se declaran
 los que con vista no me conocieron²¹

La sabiduría del ciego es, pues, un tema central en la sátira limeña de Castillo. Esta le arroga, paradójicamente, una «auctoritas» que se vería avalada por sus esfuerzos de alcanzar notoriedad entre sus contemporáneos. Lejos de sentirse disminuido, Castillo se sirve de su ceguera para publicar su valer.

Otro punto fuerte de su poesía satírica reside en la atención que dedica al carácter multiétnico de la sociedad de su época. En sus *Romances dialogados* las conversaciones entre los personajes dan paso a una crítica de la vida cotidiana, en la que los mismos personajes procedentes de muy diferentes castas son objeto de irrisión. Cabe decir que la lengua hablada de negros y mulatos, en absoluto pretende ser verista. A los chistes y juegos de palabras no les siguen las imitaciones paródicas del habla, algo que había sido recurso practicado por poetas del barroco español y por satíricos de Lima como Rosas de Oquendo o Valle y Caviedes. Por el contrario, sin ser sobreabundantes, no son pocas las alusiones cultas, de forma que el poeta no pretende servirse del efecto cómico derivado del remedo burlesco del habla de gente de baja condición, como sí puede suceder en sus antecesores. Castillo, en cambio, se dirige a un público culto de su entorno y utiliza un registro más elevado, lo que le lleva a desentenderse del verismo lingüístico. Podemos destacar en el siguiente pasaje un buen puñado de referencias mitológicas que resultan sobremanera extrañas en boca de una mujer negra y habitante de un sucio callejón limeño. Cuando el personaje tiene que describir el lugar en donde se ejerce la prostitución, Castillo le hace decir los siguientes versos:

¿Quién es capaz de dejar
 justamente definidas
 esas zahurdas de Plutón
 con más de mil Proserpinas,

²¹ Castillo, *Obra completa*, p. 627. Modifico y actualizo la ortografía.

esas cavernas horribles
 en cuyos centros se miran
 cuantas especies de diablos
 nuestro daño solicitan?²²

Así, el habla de la gente modesta (no sólo negros, sino también indios, zambos, mestizos o criollos empobrecidos) se sublima y pretende mostrar la visión del español o del criollo acomodados, la clase a la que pertenecía Castillo y, sobre todo, la que constituía el público receptor de sus poemas. En este sentido, es interesante, a mi modo de ver, la lectura del Romance 5 que pone en conversación a un alcalde indio, Nicolás Quispe, con un mayordomo negro, Miguel Torres. Allí el primero, montado en una mula flaca y llevando un mal avío, se queja ante el segundo del mal trato que recibe de los españoles: «Pues después de cincuenta años, / entre españoles viviendo, / le han pagado éstos tan mal, / que tiene a su nombre miedo»²³. De ahí que sufra las injusticias de los amos en distintos oficios y profesiones con los que trata de servir rectamente a su señor. El resultado siempre acaba en el desengaño, ya sea como pastor, recaudador de impuestos, cantor, soldado, sastre, zapatero, alcalde electo, etc.

En alguna ocasión se ha señalado la indiferencia del autor con respecto a la situación de la casta indígena²⁴. No obstante, sin que pueda, en absoluto, darse una imagen redentora del indígena en nuestro poeta, sí cabe pensar en una visión más compleja acerca de la realidad multiétnica del entorno. En realidad, Castillo proporciona una imagen superior del indio frente al cinismo del negro. La explicación, a mi modo de ver, reside en que el indígena, a diferencia del negro, no es una amenaza permanente para la clase dominante limeña. Se sabe, por cierto, que el porcentaje de indios frente a los negros, zambos o mulatos, era muy inferior en los censos de la ciudad. Por otra parte, la presencia de cimarrones, esclavos fugados que vivían del bandidaje en los alrededores, era una amenaza permanente.

²² Castillo, *Obra completa*, p. 943.

²³ Castillo, *Obra completa*, p. 952.

²⁴ «A pesar de que los abusos que se cometían en contra de los indios era asunto sabido a través de todos los círculos, en ningún [sic] de sus poemas el Ciego hace denuncia alguna sobre estos atropellos», Vásquez, 2000, p. 173. Veremos a continuación que esta afirmación es inexacta.

Todo esto puede, tal vez, explicar que en el Romance, Lorenzo Quispe se queje con razones de peso de las injusticias sufridas por parte de los españoles, tema que, por otra parte, tenía larga descendencia en las letras coloniales, si de indios se trataba:

Emprendí meterme fraile
y en altas voces dijeron
que yo me iba a levantar
otro Fray Calixto siendo²⁵

Fray Calixto de San José Tupac Inca fue un lego franciscano que se hizo famoso por su defensa de los indios apoyado por alcaldes y regidores indígenas. Llegó a viajar a España, aunque al final fue obligado a retractarse y se lo desterró de por vida a un convento en Andalucía. Los planteamientos reformistas y pacíficos de Fray Calixto pudieron ser vistos por la aristocracia limeña como un «levantamiento» y, de ahí, que su intento acabase mal. Castillo, aquí, presenta a un indio sumiso que, injustamente, es obligado a dejar el estado religioso cuando en ningún momento pretende cortar con las autoridades. Eso sí, esto no le impide al personaje refutar la mala fama que tienen sus hermanos entre españoles y criollos:

Sólo a ellos se les imputa
el delito de ser ebrios,
vicio que se les atribuye
al mundo, según su tiempo.

[...]

A ellos solos se les atribuye
lo falaz y lo embustero,
cuando Dios ha declarado
en todo hombre este defecto²⁶

A la tristeza del indio responde el negro Miguel que quien insulta a los indios olvida que él es seguramente descendiente de ellos. Así como

²⁵ Castillo, *Obra completa*, p. 956.

²⁶ Castillo, *Obra completa*, p. 958.

los primeros conquistadores eran europeos puros y podían jactarse de haber derrotado a la civilización inca, no se puede decir lo mismo de quienes, de forma inicua, se burlan del indio cuando no han hecho nada y tienen la sangre mezclada:

Esta presunción proviene
justamente en los primeros
de una emulación gloriosa,
propia de su heroico aliento,
pero en los que han sucedido
champurreados con mezcla, a estos
es una acción vergonzosa
y llena de vilipendio²⁷

De ahí que «es mejor ser perro puro / que monstruo de gato y perro»²⁸. La solución que Miguel da a su compadre resulta un tanto cínica. Los negros, le dice, reciben mejor trato porque son complacientes y alegres con sus amos, de modo que, en realidad, «aun cuando esclavos nos vemos, / y nuestro color al blanco, / diametralmente es opuesto / no sólo somos tratados / sin rigor, mas somos dueños / de haciendas y confianzas / y aun de su honor tesoreros»²⁹. Más aún, su suerte es tal, que el negro Miguel asegura que va a casar con «una blanca / que se acunó en un convento»³⁰. Al fin, los dos personajes se separan, el negro montado en un bello alazán y alegre como unas pascuas, y el indio, triste y desamparado con su borrico. A fin de leer con una mejor comprensión del problema tratado conviene tener en cuenta su contexto. Indios y negros no eran conceptuados igual en el virreinato por la clase dominante, y este poema da fe de ello. Los primeros contaban con una histórica protección legal, al menos sobre el papel, de la que carecían los segundos. Al proponer una visión cínica del negro frente al indio en relación con los poderosos, el poeta alerta del trato presuntamente desigual que tienen unos y otros en la realidad. Los indios deberían ser protegidos por ley, mientras que los negros eran

²⁷ Castillo, *Obra completa*, p. 959.

²⁸ Castillo, *Obra completa*, p. 960.

²⁹ Castillo, *Obra completa*, p. 960.

³⁰ Castillo, *Obra completa*, p. 961.

reconocidos como esclavos o libertos de muy baja condición. Pero, al mismo tiempo, éstos últimos solían trabajar de esclavos domésticos y tenían, sin duda, una mayor proximidad a la vida cotidiana del criollo o el peninsular. Castillo tuvo a su cargo seis esclavos y muy probablemente alguno de ellos fuera su lazarillo. Frente a los negros, el indígena, que gozaba de una mejor consideración e incluso de un cierto desahogo en algunos casos³¹, muchas veces no formaba parte del entorno limeño —en el poema el indio es alcalde de alguna comunidad— y, desde la óptica del poeta, no era fuente de inquietud frente al estado de cosas en la ciudad. Así, la mayor felicidad de uno y la desgracia de otro ponen de relieve una crítica implícita a un estado de cosas que no se condice con lo que debiera ser el orden virreinal. Naturalmente esta interpretación, lejos de ser un indicio de subversiva, no hace sino reclamar todo lo contrario: una mayor atención en el receptor para que se cumplan las disposiciones del orden vigente.

BIBLIOGRAFÍA

- APARICIO, S., «Vida y obra poética del El Ciego de la Merced de Lima», *Estudios*, vol. 17, 54, 1961, pp. 457-479.
- CASTILLO, F. del, *Obra completa*, ed. C. Debarbieri, Lima, [edición no venal], 1996.
- DONOSO, R., *Un letrado del siglo XVIII, el doctor José Perfecto de Salas*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1961, 2 vols.
- LOHMANN VILLENA, G., *El arte dramático en Lima durante el Virreinato*, Madrid, Escuela de estudios hispanoamericanos, 1945.
- y J. DOERING, *Lima*, Madrid, Fundación Mapfre, 1992.

³¹ Según Lohman Villena, los indios en Lima disfrutaban de un cierto desahogo, lo que les llevaba en algunos casos a tener esclavos negros a su cargo (Lohmann, 1992, p. 146). Por otra parte, la casta indígena era minoritaria frente a negros, mulatos, zambos, etc. En el censo de 1700, la proporción es de un 11,7% de indios frente a un 31,7% de negros y mulatos. Al final del siglo, en 1791, la distancia se ha agrandado: 7,9% de indios ante un 41,6% de negros, mulatos, zambos y cuarterones (Pérez Cantó, 1985, p. 50). Respecto de la incorporación del mestizaje en el grupo de los negros, recordemos las palabras del Ciego: «Es mejor ser perro puro / que mezcla de gato y perro».

- HIGGINS, J., *Historia de la literatura peruana*, Lima, Universidad Ricardo Palma, 2006.
- JUAN SANTACILIA, J. y A. de ULLOA, *Noticias secretas de América*, ed. L. J. Ramos González, Madrid, Dastin, 2002.
- LATASA, P., «El virrey Superunda y sus agentes en Lima y Cádiz (1745-1761)», *Anuario de estudios americanos*, 60, 2, 2003, pp. 463-492.
- MORENO CEBRIÁN, A. y N. SALA I VILA, *El «premio» de ser virrey. Los intereses públicos y privados del gobierno virreinal en el Perú de Felipe V*, Madrid, CSIC, 2005.
- PALMA, R., *Tradiciones en salsa verde*, Santa Fe, El Cid, 2004.
- PÉREZ CANTÓ, P., *Lima en el siglo XVIII*, Madrid, Universidad autónoma de Madrid, 1985.
- REVERTE BERNAL, C., *Aproximación crítica a un dramaturgo virreinal peruano: Fr. Francisco del Castillo («El Ciego de la Merced»)*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1985, pp. 17-25.
- «Mithridate de Jean Racine e Hispanoamérica (sobre las obras homónimas de Fr. Francisco del Castillo y Pablo de Olavide)», en *«Ésta, de nuestra América pupila»*, *Estudios sobre poesía colonial*, ed. G. Sabat de Rivers, Houston, Society for Renaissance and Baroque Poetry, 1999, pp. 311-323.
- «La poesía de Fray Francisco del Castillo», *Espejo de paciencia*, 10, 1995, pp. 47-53.
- «Hacia un corpus completo de las obras de Fr. Francisco del Castillo (Lima, 1716-1770)», *Anales de literatura hispanoamericana*, 20, 1991, pp. 263-298.
- VARGAS UGARTE, R., *Historia de la Iglesia en Perú*, Burgos, Aldecoa, 1961, vol. 4.
- VÁSQUEZ SALOMÉ, F., *Reflejo de la sociedad limeña del siglo XVIII en la poesía satírica de Fray Francisco del Castillo, el Ciego de la Merced*, tesis doctoral, UMI, 2000.